



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 24 Abril de 2020



*La certeza de la
Resurrección*



Vitral de la Crucifixión (Detalle)
Iglesia de Saint-Pierre in
Montfort-l'Amaury, Francia

¡Te robaste el Cielo!

Lo que sucedió con San Dimas es algo inimaginable! Es el auge del perdón, pues siendo un pecador pésimo, no solo fue perdonado, sino también confirmado en gracia, pues al serle dicho “Hoy estarás conmigo en el paraíso” Jesús afirmaba implícitamente: “Tú perseverarás”

Así, el Salvador hizo de un ladrón crucificado el primer santo canonizado. Él, que había podido transformar el agua en vino, podía también transformar un ladrón en santo, y lo hizo.

¡Feliz ladrón que al morir robaste el Cielo! Sus méritos no estaban proporcionados para alcanzar el Cielo, pero lo alcanzó porque así lo quiso Dios.

Es el símbolo de la vía misericordiosa de las almas que saben que valen poca cosa, pero que se entregan a Dios Nuestro Señor y son colmadas por la misericordia divina.

(Extraído de conferencia de 9/4/1971)

Sumario

Vol. III - No. 24 Abril de 2020

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor



En la portada, Ascensión de Nuestro Señor. Pro-catedral de Santa María, Hamilton, Canadá.

Foto: Timothy Ring

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *La Santa Iglesia: inuestra recompensa demasiado grande!*

PIEDAD PLINIANA

- 5 *“¡En vuestra Cruz comenzasteis a reinar!”*

DOÑA LUCILIA

- 6 *El inapreciable valor de una vida común sin pretensiones*

SEMANA SANTA

- 8 *Divina seriedad de Nuestro Señor*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

- 14 *La espada que atravesó el Corazón de la Santísima Virgen*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

- 19 *Instintos y amor a lo maravilloso*

SANTORAL

- 24 *Santos de Abril*

HAGIOGRAFÍA

- 26 *Un guerrero perfecto*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 31 *¡Parece un cuento de hadas!*

ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *El cántico de la fidelidad en la noche del crimen*



La Santa Iglesia: inuestra recompensa demasiadamente grande!

Todas las revelaciones particulares fidedignas sobre la Pasión nos narran que la hora más lúgubre no fue aquella en que Nuestro Señor expiró, sino cuando, después de colocar su sagrado Cuerpo en la sepultura, la Madre Dolorosa no tuvo ni siquiera la amarguísima consolación de reconocer los trazos mortales que le harían recordar a su Divino Hijo y, dirigiéndose hacia el Cenáculo, atravesó las horas amargas de su soledad.

Entretanto, junto a esa tristeza, había una franja de alegría por saber que su Hijo resucitaría y pronto estaría de nuevo junto a Ella, dejando atrás la Pasión. Aquel océano de dolores había sido atravesado ya, y la gloria inmensa de Jesús se revelaría al mundo, engrandeciéndolo y honrándolo, mientras salvaba a toda la humanidad. Esto daba a María Santísima la certeza de la alegría inmensa que vendría después, mayor que los dolores de la Pasión. Así, en paz y serena, poseía esa certeza: ¡Cristo resucitará!

La esperanza de la Santísima Virgen, que continuó firme en el auge de las tinieblas y en la soledad, fue confirmada totalmente. Podemos comprender, entonces, lo que fue la primera Pascua en el Purísimo y Sapientísimo Corazón de María.

Ahora, eso que sucedió en el Inmaculado Corazón de María, debe pasar también en nuestras almas con relación a los dolores presentes de la Santa Iglesia. Estamos aproximándonos de la hora de la Pasión. El sufrimiento es intensísimo, traspasa nuestra alma, como una espada de dolor, de lado a lado. Pero en medio de ese dolor, tenemos una franja de alegría por la certeza de que se realizará la promesa de Fátima: “Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará”.

Después de las tristezas y ansiedades de los castigos, durante los cuales, como Nuestro Señor Jesucristo, tal vez seamos perseguidos, torturados, cubiertos de las llagas del dolor de lo alto de la cabeza hasta la planta de los pies, habrá un momento en que los Ángeles nos dirán: “Se acabó el dolor y el sufrimiento para ustedes, sus probaciones pasaron; íregocíjense porque el Inmaculado Corazón de María triunfó!”. Entonces será nuestra gran Pascua, nuestra gran alegría.

Contemplaremos la gloria resucitada de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, que amamos más que a la luz de nuestros ojos y que a todo lo que hay en la tierra. Y viéndola reconducida a una primavera de Fe mayor aún que lo que fue la Edad Media, próspera, triunfante, dominando el mundo, orientando a las almas, aplastando el error, glorificando la virtud, promoviendo todo tipo de bienes, haciendo circular su sabiduría en la vida temporal para impregnar una civilización de superiores varones espirituales, marcada por la Fe y la sacralidad, miraremos hacia la Santa Iglesia Católica y pensaremos “¡La Iglesia Católica es nuestra recompensa demasiado grande!”*

* Extractos de conferencia de 25/3/1967.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

“¡En vuestra Cruz comenzasteis a reinar!”

Ya no estáis por tierra, Dios mío. La Cruz lentamente se levantó, no para exaltaros, sino para proclamar bien alto vuestra ignominia, vuestra derrota, vuestro exterminio. Sin embargo, era el momento de cumplirse lo que Vos mismo habíais anunciado: “Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Jn 12, 32*). En vuestra Cruz –humillado, llagado, agonizante– comenzasteis a reinar sobre esta Tierra. En una visión profética, veáis a todas las almas piadosas de todos los tiempos, que se acercarían a Vos.

Dios mío, fue en la Cruz que comenzó vuestra gloria, y no en la Resurrección. Vuestra desnudez es un manto real, vuestra corona de espinas una diadema sin precio, vuestras llagas son vuestra púrpura.

¡Oh Cristo Rey, cómo es verdadero consideraros en la Cruz como un Rey! Pero cómo es cierto que ningún símbolo expresa mejor la autenticidad de esa realeza como la realidad histórica de vuestra desnudez, de vuestra miseria, de vuestra aparente derrota.

(Extraído de “O Legionário”, abril de 1943)

Crucifijo del altar mayor de la Catedral de Guatemala



El inapreciable valor de una vida común sin pretensiones



Si le fuese permitido por Dios, Doña Lucilia bajaría del Cielo a consolar a los que sufren en esta tierra para que esos sufrimientos cesen o, en ciertos casos, que soporten el dolor con resignación y dignidad.



Doña Lucilia tenía horror al Infierno, mezcla de temor reverencial y de asco. Le parecía -y con mucha razón- que son personas muy repugnantes las que allá caen. Y hacía expresiones fisionómicas que expresaban ese asco de manera muy categórica.

Horror a los réprobos y compasión por las almas del Purgatorio

De manera que no debemos suponer -ni mucho menos- que ella tuviera el menor movimiento de compasión por aquellos de quien ni Dios tiene compasión: fueron condenados y mandados al Infierno, y ya está todo definido.

Pero sentía mucha compasión por las almas que estaban en el Purgatorio y le gustaba rezar por ellas. Comentaba, de vez en cuando, alguna que otra cosa que había leído en libros de piedad sobre el Purgatorio. Pero su principal atención se centraba en el Cielo y el Sagrado Corazón de Jesús.

Me pregunto si ella en el Cielo pediría bajar a la tierra a consolarnos. Me parece que lo pediría y tendría un gusto enorme haciendo eso. Pero con el cuidado de no hacerlo tantas veces que nos quitase méritos. Ella tenía una concepción “dura” de las cosas, es decir, que es necesario sufrir en esta tierra. Y por lo tanto, toda idea de transfor-

mar la bondad en un medio para el desaparecimiento del dolor, sería una cosa que ella no vería con buenos ojos.

Doña Lucilia sería, eso sí, muy propensa a bajar a la tierra -si le fuese permitido- y consolar a los que están sufriendo para que, en algunos casos, el sufrimiento termine; y, en otros casos, que las personas continúen padeciendo y aguanten el dolor con resignación y dignidad.

¿Cómo eran celebrados los cumpleaños de la Sra. Doña Lucilia...?

Mamá tenía certeza absoluta que yo comparecería para celebrar su cumpleaños. Vivíamos en la misma casa y, además, ella sabía bien cuánto yo la quería y que por tanto era ciertísimo que estaría presente.

Ella podría tener un cierto temor de que yo, atrasado por preocupaciones de mi oficina, llegara tarde, pero no comenzaría la comida conmemorativa de su cumpleaños sin mi presencia. Los convidados ya sabían eso y no insistían, y aunque algunas veces quedase un poco preocupada, no me decía nada para no contrariarme.

Lo que yo hacía de mi parte en esa ocasión era algo que parecía imposible de hacer, pero cabía en una circunstancia así: un aumento de mi cariño. Cariño mezclado con un poco de broma que yo hacía con ella acerca de un punto cualquiera y que ella sabía muy bien que eran un gracejo.

Por ejemplo, ya conté, que frecuentemente -creo que debido a esa temperatura aquí de Sao Paulo- cuando la besaba, yo sentía en mi rostro la punta de su nariz ligeramente fría y entonces le preguntaba: “¿Cómo así? ¿Esta con mucho frío en la nariz?” Son bromas que se hacen para darle un poquito de alegría a la vida familiar.

...y los del Dr. Plinio

Celebraba mucho más mi cumpleaños que el de ella, pero eso no dependía de mí. Mi cumpleaños era celebrado en el almuerzo y en la cena con un menú reforzado, mientras que en el cumpleaños de ella había solamente una cena a la que comparecían los parientes más allegados.

Para mí ella siempre mandaba a hacer torcazas, porque cuando estuvimos en Alemania, en el hotel de unos termales de aguas medicinales llamada Wiesbaden, servían pichones de torcaza con cierta frecuencia. Y cuando venían con ese plato a la mesa, yo, siempre muy interesado en asuntos gastronómicos, ya me daba cuenta desde lejos y decía aplaudiendo “¡Mamá, palomitos!”.

Doña Lucilia me hacía señal para yo no hacer ruido en un solemne comedor de hotel. Baste decir que en ese gran salón había un ambiente separado por cortinas, con una mesa ya montada para el Kaiser y personas de la Corte. Cuando él llegaba, corrían las cortinas, tocaban el himno de Alemania, aplaudían, el monarca agradecía, se sentaba y después el almuerzo seguía.

Pero a pesar de que la atención de los empleados siempre estaba pendiente de que en los tiempos de vacaciones el Kaiser podía aparecer de una hora para otra, el copero quedaba muy contento cuando traía palomitos porque le gustaba ver mi reacción. Y él procuraba traducir la palabra “palomitos” por “pimbinchen”. No existe en alemán ni en portugués esa palabra; era una mezcla de sub-alemán y mal portugués...Me mostraba de lejos el plato y decía: “¡Pimbinchen!” y yo quedaba muy contento.

Entonces cuando llegaba mi cumpleaños ella mandaba comprar “pimbinchens” en el mercado y los preparaba según una receta especial quedando una cosa deliciosa. Colocaba tres o cuatro “pimbinchens” además de un postre. Todo adecuado. Y cuando llegaban los platos ella me decía: “Hijo, los pimbinchens”. Y yo algunas veces manifestaba mayor alegría para contentarla también.

Esa era nuestra vida común familiar sin pretensiones, pero que para mí tenían un valor sin nombre.

En lo relacionado con el cumpleaños de ella, Rosé -mi hermana- se encargaba del regalo, porque en general eran artículos para señora de los que yo no tenía la menor idea. Acordaba con mi hermana, arreglábamos las cuentas y ella hacía la compra. De tal manera que yo



Laurenz Bobke



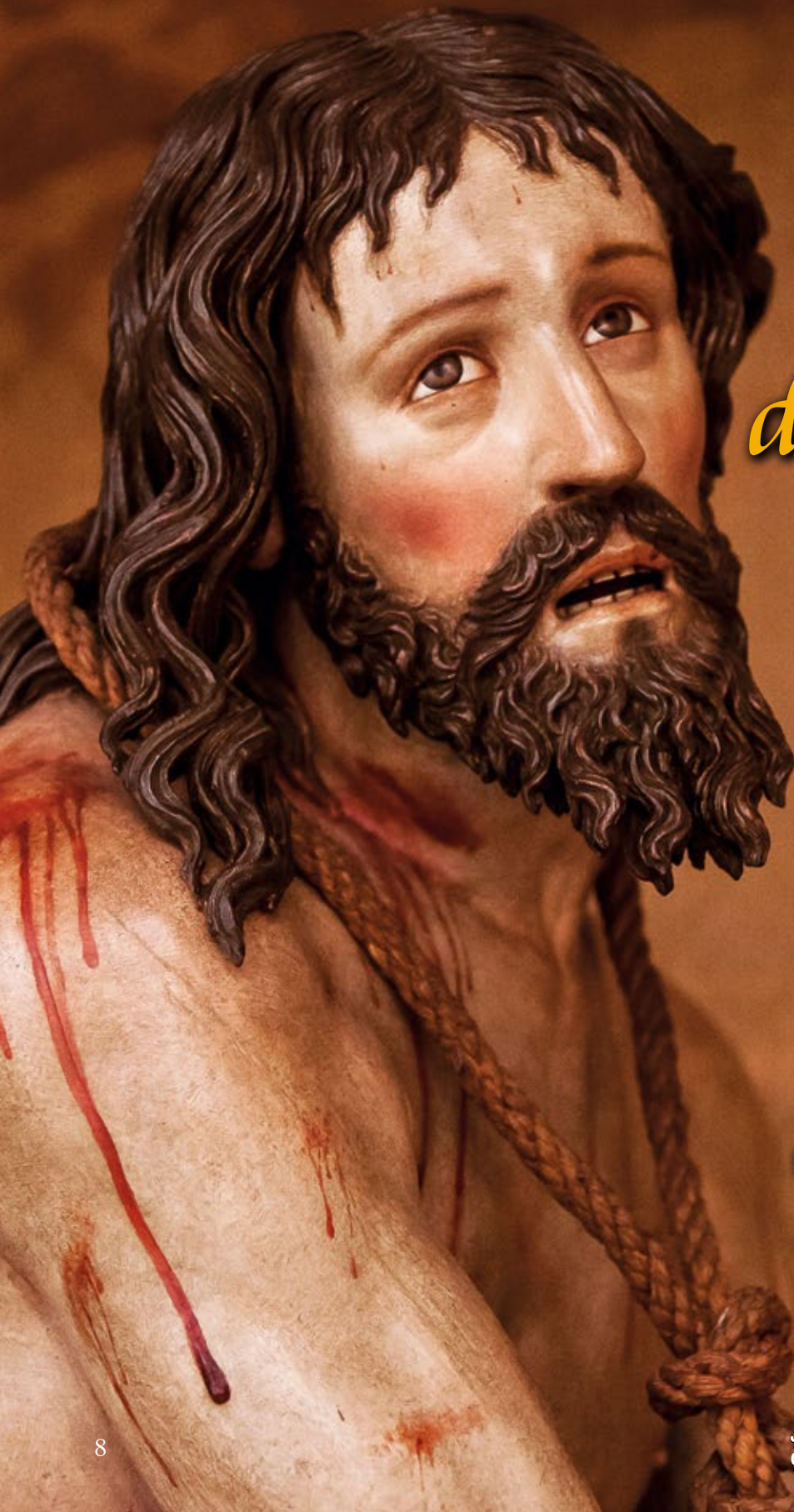
Fredericus

Aspectos de Wiesbaden, Alemania

a veces ni sabía lo que se le había regalado y mamá sabía que eso era así.

Evidentemente hacíamos más oraciones el uno por el otro pero no dialogando. Son cosas del modo de ser paulista antiguo. Eso no quiere decir que sea lo ideal pero tampoco me parece reprobable. Me parece un modo de proceder que podría tal vez ser mejor, pero así estaba bien. ❖

(Extraído de conferencia de 22/4/1993)



Divina seriedad de Nuestro Señor

Los esbirros hicieron espantosas brutalidades contra Nuestro Señor Jesucristo, por odio a la virtud que transparecía en Él de una forma magnífica. Quien se acercaba al lugar donde Jesús estaba siendo flagelado, oiría lancinantes gritos de dolor; sin embargo, más armoniosos y bellos que la música de cualquier orquesta.

Jesús amarrado a la columna de la Flagelación
Convento de Santa Teresa, Ávila, España

Si consideramos a Nuestro Señor en su peregrinación durante los tres años de su vida pública, de un lado para otro predicando a las multitudes, sea en el primer año que fue gozoso, pues al inicio de su obra encantó más o menos a todo el pueblo de Israel; sea durante el segundo, cuando las dificultades comenzaron a surgir; sea en el tercero, que fue dramático, terminando en el Gólgota y el *Eli, Eli lammá sabactâni (Mat 27, 46)* – Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué Me abandonaste? –; en cualquiera de esos años, ¿cómo imaginaríamos a Nuestro Señor?

Majestuosa y serena tristeza de Nuestro Señor

¿Andando contento de un lado para otro, satisfecho, con fisionomía alegre, comentando despreocupadamente y de modo agitado los aspectos divertidos de las cosas? ¿O con un fondo de tristeza apacible, presente en su personalidad, estampada en su divina mirada y en todo lo que decía y hacía; dirigiéndose a los hombres con un trato afable, dulce, bondadoso, pero también con ese tono de tristeza, no dramática, ni lancinante, sino habitual, estable –para emplear una comparación que no me satisface enteramente, pero que dice algo–, una mirada que tuviera algo de luminoso, resplandeciente y triste, como la luz de la luna?

Sin duda, esa mirada así apesadumbrada, pero resignada, atenta, afable, bondadosa, revelaría el trasfondo de su alma.

Se trata de saber por qué esa majestuosa, se-

rena, inmensa y afable tristeza de Nuestro Señor inundaba así su alma. Comienzo por preguntarme qué relación hay entre esa mirada y la seriedad, y concluyo que así es la propia seriedad del Redentor. No hay otro modo de ser serio. Pero, ¿si así es su seriedad, no debe ser igualmente nuestra seriedad?

Si esto es así, debemos preguntarnos por qué su tristeza fue tan grande como la amplitud de sus puntos de vista.

En su divinidad no podía haber tristeza. De tal manera Dios es perfecto, excelso, admirable, que no cabe en Él ninguna consternación. Había tristeza en la humanidad santísima de Nuestro Señor. Pero su natu-

raleza humana estaba unida hipostáticamente a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, constituyendo una sola Persona, continuamente en la visión directa de Dios, en el océano de sus perfecciones y en su felicidad infinita e imperturbable por todos los siglos de los siglos sin fin.

Luego esa tristeza no puede venir de Dios, solamente del hombre. Porque Nuestro Señor vino a la tierra como redentor y se encarnó para rescatarnos, muriendo en la cruz como Hombre-Dios, y por tanto, haciendo que un hombre ofreciera aquel sacrificio infinitamente precioso, que condonara el pecado original y los pecados posteriores, y nos abriera el Cielo. Entonces, está claro que ese sufrimiento sólo podría venir de un hombre.

¿Cómo un ser que siendo Dios, que participa de esa felicidad infinita del Omnipotente, podía tener tanta infelicidad, tanta tristeza, por causa de los hombres, que son tan inferiores a Él?

Sería más o menos como si yo –hablando en términos mundanos– recibiera de repente como herencia una fortuna incalculable, inmensa, y el mismo día, partiendo una fruta, me cortara un poquito el dedo. Surge una pequeña incomodidad que coincide con una causa de felicidad extraordinaria, pero no reparo en ella. Si por la noche el dedo comienza a molestar, advierto que me hice aquel corte en la mañana, porque pensé el día entero en la felicidad y en la alegría de haber ganado una fortuna.

Con la debida reverencia aplicada a la compara-



**Nuestro Señor curando los enfermos
Monasterio de Nuestra Señora de Monte
Carmelo y San José, Nueva York, EE.UU.**



ción, se podría decir que la tristeza causada a Dios por los hombres, es pequeña comparada con su infinito júbilo. Esto se explica de la siguiente manera: Dios ama a los hombres con amor infinito, y por esta causa Él quiere recibir su amor. Un amor desea una paga, una retribución, y cuando no es retribuido sufre, con un dolor tan profundo, que aflige de esta manera al Verbo de Dios encarnado. Él tiene un conocimiento directo, inmediato, de todas las cosas. Mira para todos los hombres y conoce enteramente su estado de espíritu. Tal vez se pueda llamar a esto discernimiento de los espíritus.

Centro de gravedad en torno del cual todos los hombres deben girar

Dios veía la actitud de los hombres, que no lo aman: el pueblo elegido, entregados completamente a las abominaciones que conocemos; los otros pueblos, en las idolatrías y pecados que abundaban en el mundo de aquel entonces. Y Él no se sentía retribuido en su amor infinito, pero esta retribución no es algo común, no se compara por ejemplo con el caso del profesor que se dedica mucho a sus alumnos y nota que no lo reconocen.

Es una cosa muy diferente. Siendo Dios, Él es infinitamente merecedor del amor de los hombres; y estos, negando el amor al Redentor, se volvían pésimos, totalmente repulsivos, porque el punto de gravedad en torno del cual todos los hombres, y cada hombre en concreto debe girar, es Él, que es infinitamen-

te bueno, infinitamente santo, y en función del cual la vida de todos debe gravitar. Él es el astro divino, el sol divino. Nosotros somos los planetas que giran en torno al Sol; y no lo miramos, ni queremos mirar. El ver así a las criaturas que Nuestro Señor ama tanto, es la causa de esta tristeza.

Es muy triste ver la falta de virtud; de los hombres el Creador sólo quiere virtud. El hombre puede tener lo que quiera, pero si no posee virtud, por así decir, a Dios no le interesa. Y su posición frente al hombre es apenas con el deseo de que sea virtuoso y semejante a Él, para así amarse mutuamente. Siendo rechazado, su tristeza llena la tierra, más o menos como la luz de la luna cubre de tristeza el cielo.

Debemos querer que todo sea semejante a Jesucristo

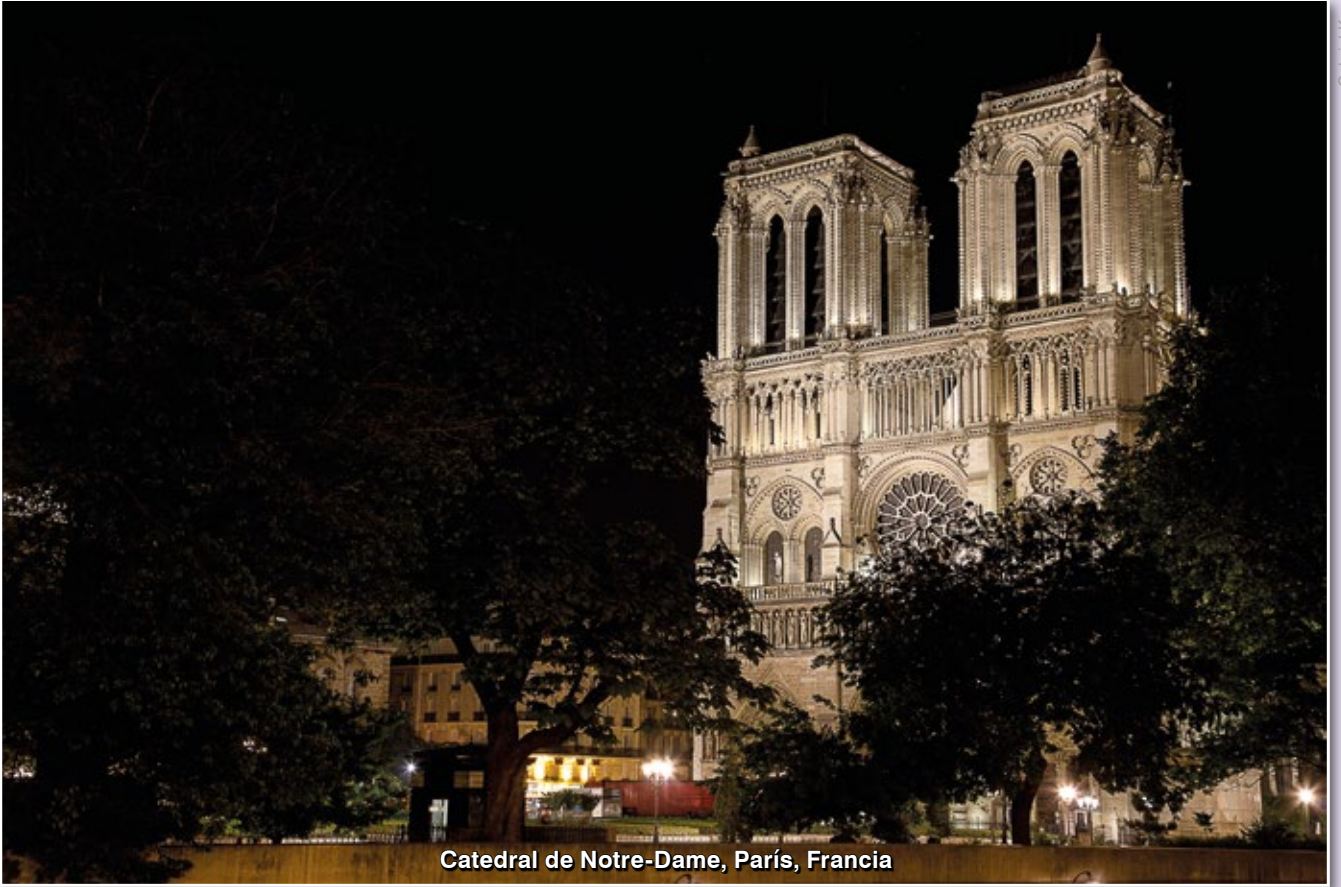
Esta es una de las características de la divina seriedad de Nuestro Señor Jesucristo. Y veremos cómo los Apóstoles, sus más cercanos, antes de Pentecostés, estaban llenos de faltas de esas. Estaban más atentos a las cosas terrenas, humanas, y con Nuestro Señor Jesucristo entre ellos, llevaron tanto tiempo para descubrir y reconocer que Él era el Hombre-Dios, simplemente porque no ambicionaban esas virtudes, no las amaban, y por eso su entusiasmo no era ascendente, de altura, no escalaba las cumbres. Al contrario, era un entusiasmo por los charcos, por los pantanos.

Por ejemplo, mientras los Apóstoles caminaban con Jesús hacia el Huerto de los Olivos, es posible que los haya reprendido, diciéndoles: “Dentro de poco iremos a orar y ustedes se dormirán, justamente en el momento en que el Hijo de Dios comenzará a padecer.” Naturalmente, los Apóstoles, inclinados a las bromas y a cosas semejantes, se durmieron. El resto ya lo conocemos...

Vamos a transponer esto para nosotros. Nosotros somos simples cria-



Flavio Lourenço



Catedral de Notre-Dame, París, Francia

turas. No tenemos, por tanto, unión hipostática con Dios, pero hemos sido bautizados y, a partir del Bautismo, comenzó a vivir en nosotros la gracia que es una participación creada en la propia vida increada de Dios. Hay algo ahí que no deja de tener una leve semejanza con la unión hipostática.

Somos templos del Espíritu Santo. Dicho esto, la gran preocupación de nuestra vida es de ver en la Iglesia Católica, en los santos que engendra, en sus instituciones, en las páginas luminosas de su Historia, todo lo que sea santo y, por tanto, que recuerde a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo, porque amamos lo que se parece a Él. Este es el punto más importante de nuestra existencia, como para Él el centro de la vida terrena fue vivir en la unión hipostática y procurar que los hombres reciban la gracia de adorarlo como Hombre-Dios.

Por tanto, nuestra gran alegría –si somos fieles a nuestro bautismo y co-

herentes en nuestra Fe– debe ser el notar que los hombres estén amando a Nuestro Señor y, que todo lo que suceda en el mundo, esté de acuerdo con el Espíritu y la Ley de Dios, como si Jesús estuviera presente. No queremos para nosotros otra cosa sino que todo sea semejante a Él.

Debemos tener un fondo de seriedad luminosamente triste

Sin duda, yo admiro París, dejando de lado todos los aspectos mundanos. Sin embargo, si me dieran a escoger entre vivir en aquella ciudad, donde el pecado dejó tantas marcas, así como el amor de Dios algunas cosas tan maravillosas – la Catedral de Notre-Dame, por ejemplo –, o en un lugar habitado por el pueblo más vulgar, más despojado, más inculto de la tierra, pero donde todos amen verdadera y sinceramen-

te a Dios, yo preferiría vivir en aquel pueblo, y saldría volando de París.

Aunque París es todo lo que es, y Notre-Dame signifique tanto para mí, prefiero ver almas enteramente según Dios, y no apenas piedras, almas que amen al Creador en espíritu y en verdad, y, que tratando con ellas, pueda tener la impresión fundada y viva, de discernir el Espíritu Santo presente en cada una. Por eso, quiero ir allá aunque las personas usen solamente telas burdas, hechas de palmera, coman apenas pescados ordinarios que pescan en el río del lugar. ¡Si en ellas estáis Vos, mi Señor y mi Dios, es allá donde quiero estar!

No sé si cada uno de nosotros tiene la misma reacción, y si hace de Dios el sol de su propia seriedad. Pero en concreto, el alma del católico debe tener un fondo de seriedad, vaga y luminosamente triste por causa de las condiciones abyectas, altamente censurables del mundo contemporáneo.



Debemos sentirnos censurados, rechazados, detestados, y – ¡Oh, dolor! – no por causa de nuestra persona, que poco vale, sino porque rechazan al Espíritu Santo que está en nosotros, desdeñan en nosotros la condición de miembros del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Si ciertas personas conocieran mis defectos y me rechazaran por esa causa, yo las amaría, pero ellos conocen mis cualidades y por eso me desprecian. Entonces, yo me siento rechazado en lo que es más internamente mío, en aquello por donde soy más yo mismo y por donde pertenezco a Nuestro Señor como ente bautizado, que tiene Fe, que es miembro de la Santa Iglesia Católica. Y por eso hay en mí un fondo constante de tristeza, de seriedad triste.

En Jesús, la seriedad no excluía, por ejemplo, que fuera de vez en cuando a casa de Lázaro, para tomar algunos días de descanso, de tranquilidad, de bienestar, de sentir el amor por Él. Santa María Magdalena lo adoraba, como sabemos, Marta lo quería, Lázaro lo amaba y esto le llenaba el alma. Pero por toda parte, así como la luna acompaña los pasos del hombre que anda por la noche, se le notaba una tristeza enlutada: “Los hombres no me quieren porque no

aman a Dios. Esta es una espada que me traspasa de alto abajo.”

Gemidos de Jesús por causa de nuestra indiferencia

Si procuráramos, todos, solamente el amor de Dios y siempre nos alegráramos, pensando en ese amor presente en nosotros, y si al notar en alguien una falta de amor de Dios nos entristecemos, a la manera de Nuestro Señor, con una tristeza llena de amor, con un profundo deseo de atraer esa persona hasta Dios; si actuáramos así, ¿cómo sería la atmósfera en nuestras casas? Más próxima al ideal de seriedad, que asumimos por ejemplo, cuando participamos de un retiro; comprenderíamos más integralmente lo que es la seriedad.

No es porque pretendamos que nos quieran; deseamos que quieran

a Dios en nosotros. Vuelvo a decir: si conocieran mis defectos y por eso me odiasen, yo les besaría las manos y los pies y les agradecería, porque detesto mis defectos. Pero esa gente, que prohíben de escribir sobre mí en un periódico, odia lo que yo tengo de bueno, y eso me hace sufrir, me indigna. No por mí, sino por Nuestro Señor, porque es a Él que están rechazando.

Ahí está la materia prima, la tintura madre de nuestra seriedad. Sin embargo, ahora en Semana Santa, contemplamos las brutalidades, la injusticia, la crueldad que tuvieron con Jesús, y en este tiempo tendremos muy presente que hicieron eso por odio a la virtud, que en Nuestro Señor transparecía de modo tan magnífico. De manera que, por ejemplo, si algunas personas se acer-



El beso de Judas
Basílica de Nuestra
Señora del Rosario,
Guatemala

caban al lugar donde Jesús estaba siendo flagelado, escucharían sus lancinantes gritos de dolor. Sin embargo, esos gritos eran más armoniosos y más bonitos que los acordes de cualquier orquesta, más atrayentes que las declamaciones de cualquier orador, por más famoso que fuese.

Con la púrpura de su sangre corriendo sobre todo el cuerpo sagrado, era más majestuoso que un rey con la púrpura de un manto real. Los esbirros notaban eso y lo flagelaban más, porque amaban la vulgaridad, la indecencia, la inmoralidad. Entonces, Jesús gemía, gemía por su cuerpo sagrado –un hombre gime al sentir eso–, pero mucho más por las almas pésimas que lo azotaban, por todo lo que ya advertía que iría a suceder hasta el fin de los siglos. Nuestro Señor nos mira durante esta Semana Santa y, si somos indiferentes a sus gemidos, a sus dolores, nos dirá: “¿Hasta ustedes, a quienes llamé para un amor especial? Ustedes que oyen mis gemidos, que me contemplan coronado de espinas y en otros episodios de mi Pasión, también se quedan indiferentes.” Y Jesús gime y grita igualmente por causa de nuestra indiferencia.

¡María Santísima, traspasad en mí las llagas del Crucificado!

Piensen en la tristeza de Nuestra Señora ante todo esto. Probablemente, Ella sufría porque conocía lo que pasaba con Jesús. En sus santas intui-



Virgen Dolorosa – Iglesia de Santa María, Ubeda, España

ciones, contemplando cada grito, cada gemido, cada pedazo de carne que los azotes arrancaban y tiraban al piso – la unión hipostática continuaba en aquellos pedazos de carne –, Ella, transida completamente por el dolor, sabía cómo sería nuestra Semana Santa.

Donde debería estar el amor a Él, cuantas veces está el amor a otras cosas, o quizá a otras personas. Para dar ejemplos que no sean amistades o afectos de sí pecaminosos, conjeturemos en un amigo que nos gusta, porque es simpático; de otro porque es popular y nos prestigia; de un ter-

cero porque nos admira. ¿Son esas las razones para que deba simpatizar de las personas, o es porque ellas se parecen con Nuestro Señor?

Santiago era, por una razón natural de parentesco deseada por Dios, muy parecido con Nuestro Señor. De tal manera que cuando los verdugos tuvieron miedo de equivocarse al escoger, le pidieron a Judas indicar quién era, y él les dijo: “Aquel a quien yo bese, ese es el Hombre” (cf. Mat 26, 48).

Por eso, después de la muerte de Nuestro Señor hubo quien recorriera distancias enormes para ver aquel Apóstol que se parecía al Redentor. Ahora lo tenemos presente en la Sagrada Eucaristía... Es Semana Santa. ¿Qué hacemos? ¿Rezamos a Nuestra Señora pidiéndole que nos proporcione sus propias disposiciones de alma, para vivir una Semana Santa como deberíamos vivirla?

Hay un himno en la Liturgia que dice: *Sancta Mater, istud agas, crucifixi fige plagas* – Santa Madre, haced esto, traspasad en mí las llagas del Crucificado. Eso deberíamos afirmarlo durante la Semana Santa. Y cuando lleguen las tres de la tarde del Viernes Santo y adoremos a Nuestro Señor en la Santa Cruz, pensemos en la seriedad y procuremos sentir traspasadas en nosotros las llagas del Divino Redentor. Entonces pidamos a Nuestra Señora que haga que los hombres vivan la tristeza de Nuestro Señor Jesucristo. ❖

(Extraído de conferencia de 29/3/1988)

DE MARIA NUNQUAM SATIS



Presentación del
Niño Jesús en el
Templo - Basílica
Virgen de los
Ángeles, Cartago,
Costa Rica

*La espada que atravesó el
Corazón de la Santísima Virgen*

Durante treinta y tres años, en medio de alegrías inenarrables, Nuestra Señora previó la Pasión y Muerte de su Divino Hijo. Y junto a la cruz, mientras tantos hombres desertaron, Ella estaba de pie. Nunca nadie sufrió tanto, con tanta fuerza y altivez, como la Madre de Dios. Uniéndose a las intenciones de la Trinidad Santísima, Ella quería el aplastamiento del demonio y de la Revolución para siempre.

En la presentación del Niño Jesús en el Templo, en determinado momento se acercó a Nuestra Señora el profeta Simeón, que hizo esta espléndida profecía respecto al Divino Infante: “Ahora, Señor, podéis dejar a vuestro siervo partir en paz, según vuestra palabra, porque mis ojos vieron la salvación que preparasteis delante de todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de Israel, vuestro pueblo” (*Luc 2, 29-32*).

Destinados a la más grande gloria, recorriendo los sufrimientos más extremos

Al conocer esa profecía, Nuestra Señora se enteró aún más de toda la gloria del Divino Niño que cargaba en sus brazos. Después de bendecir al Niño y a su Madre, dijo Simeón: “Este Niño está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción” (*Luc 2, 34*).

Así, después de un futuro espléndido, el venerable anciano predecía una vida y una lucha tremenda para ese Niño, y preanunciaba para María Santísima un sacrificio: “Una espada traspasará tu alma” (*Luc 2, 35*). Es decir, Ella tendrá uno de los sufrimientos más atroces que una persona puede soportar. Y él anuncia eso con treinta y tres años de antecedencia.

Aquí tenemos dos hechos para considerar, muy esclarecedor para la mentalidad del hombre moderno: en primer lugar, dado que Dios había decretado que ese Niño fuese el Rey victorioso del cual hablaba la profecía de Simeón, ¿cómo explicar que, lógica y sabiamente, hubiese querido, al mismo tiempo, que Él pasase por todas esas luchas que compartirían en un revés en un momento determinado? Porque no se podía comprender de otro modo esa espada de dolor que atravesaría el Corazón de Nuestra Señora.

¿No sería natural, arquitectónico, de acuerdo con el orden establecido por la sabiduría divina que, dado que era voluntad de Dios que el Niño Jesús fuese Rey de todos los pueblos, en todos los tiempos, nada fuese a obstaculizar esa carrera gloriosa? ¿Que esta fuese hecha de trabajos bonitos, sapientes, triunfales, de luchas vencidas fácilmente con un golpe “mágico” que haría retroceder todo delante de Jesús, y así Él llegase a su gloria?

¿Por qué el misterio de ese momento terrible, con relación al cual estaba anunciado que una espada atravesaría el Corazón de Nuestra Señora? ¿Cómo se puede comprender que Dios permita, en medio de esa trayectoria, un sufrimien-





to tan grande y una derrota aparente? ¿No es una cosa extraña?

La mentalidad “happy end” nos impide comprender el modo por el cual se realizan las obras de Dios

El estado de espíritu del hombre moderno correspondiente a eso se refleja, con frecuencia, en el modo por el cual somos llevados a considerar los reveses de nuestra vida espiritual y de nuestro apostolado. Muchas veces noto en algunas personas dificultades para explicarse a sí mismas la razón por la cual, aunque están bien espiritualmente, pueden ser tentadas.

La idea es esta: si Nuestra Señora y Dios quieren que me santifique, ¿por qué, entonces, debo ser tentado?

¿Por qué permiten que yo peque y los desagrade? ¿Eso no es una contradicción? Si el fin es uno, ¿no es normal que todo ande bien y coherentemente con él? ¿Cómo explicar que sucedan cosas que parecen contrariar ese fin?

Se ve en esos interrogantes el reflejo de la mentalidad *happy end* del cine norteamericano. Las cosas tienen que salir perfectas; cuando no salen, hay contrariedades que pueden ser incluso grandes, pero ya se sabe que todo terminará bien, porque el hombre está llamado a ser feliz en esta tierra, a entender todo lo que le pasa y a triunfar.

Y cuando las cosas no suceden así, se tiene la sensación de que la vida humana no está en orden. Tal como los héroes de una novela de cine, que sufren durante la trama, pero el espectador ya sabe – y tiene la sen-

Flávio Lourenço



“La Dolorosa” – Iglesia de San Vicente, San Sebastián, España

sación de que los actores también – que todo va a terminar a la vera de un lago, mirándose amorosamente, navegando en un barquito, con los pajaritos cantando, la cinta se va acabando, y el burgués que asistió vuelve a casa, satisfecho.

Esa mentalidad *happy end* intoxica nuestro espíritu y no nos deja comprender el modo por el cual se realizan las obras de Dios. Una vez que existe el pecado, con la caída de los ángeles y posteriormente la del hombre, la vida humana tiene un carácter no solo de prueba, sino de expiación y de lucha.

Aceptar el sufrimiento no lloriqueando, sino como el soldado que va a la lucha

La Providencia Divina actúa de acuerdo con su sabiduría, permitien-

do a los buenos los reveses, las enfermedades, las tentaciones, la lucha contra el adversario, y exigiéndoles la aceptación de que esas cosas les pueden llegar en ocasiones en las cuales eso les parezca incomprendible, pues lo normal en esta vida es sufrir, y que muchas cosas, de hecho, no den buen resultado, o tengan consecuencias diferentes de lo que se quería. De ese resultado errado Dios saca, para su gloria, algo mejor y más brillante que el suceso imaginado por nosotros.

Las pruebas y los sufrimientos inesperados no solo constituyen algo por lo cual el hombre decaído debe pasar, sino que pueden corresponder también a un castigo por los pecados cometidos, o esconder una prueba de amor querida por Dios de su criatura; una prueba de confianza ciega, de desprendimiento y de abnegación que

la criatura debe dar, que constituye un elemento altamente pedagógico para ella, porque la criatura solo vale en la medida en que realmente acepta esos sufrimientos con espíritu sobrenatural, no lloriqueando, sino como el soldado que va a la lucha.

Se comprende, entonces, el misterio que hay en el hecho siguiente: según la mentalidad moderna sería mejor no avisar a Nuestra Señora treinta y tres años antes que Ella sufriría ese dolor, o más bien ocultárselo y permanecer quietos. Incluso en la hora en que Nuestro Señor moriría, cuando Nuestra Señora se enteraría de la Pasión, postergar la noticia, contarle poco a poco para que no se asuste mucho. Al final, cuando no hubiese más remedio, decirse lo, y, aun así, con atenuantes.

La acción de la Providencia no es esa. Con treinta y tres años de ante-

cedencia, Ella le avisa a Nuestra Señora. Justamente porque la previsión de ese dolor ya es un dolor tremendo. María Santísima cargó la previsión de ese sufrimiento durante todo ese tiempo y lo vio llegar a lo lejos. Así, su alma inmaculada, creada sin pecado original, se fue perfeccionando y santificando en la larga previsión y aceptación del dolor que debería venir.

Treinta y tres años de Huerto de los Olivos

Comprendemos que hasta para el alma inmaculada de la Santísima Virgen, la previsión fuerte, corajuda, razonable –yo diría, incluso varonil– del dolor venidero, era un elemento para una unión creciente con Dios, que Ella ya tenía en un grado insondable desde el primer instante de su ser. No obstante, esa profecía de Simeón tenía la intención de que Ella cargase ese dolor durante treinta y tres años, en la comprensión de ese hecho de que el hombre nació para sufrir, es normal que sufra, de que es necesario aceptar el dolor por entero antes de que llegue, y, cuando llegue, que nos encuentre tranquilos, fieles, altivos y heroicos, porque así se debe ser delante del sufrimiento.

Entonces, encontramos esa analogía entre la vida de Nuestro Señor y la de su Madre Santísima: la vida de Nuestra Señora fueron treinta y tres años de Huerto de los Olivos, a lo largo de los cuales Ella previó la Pasión y la Cruz en medio de alegrías inenarrables. Ella fue viendo a su Divino Hijo crecer, prepararse para la vida pública –durante la cual esa espada de dolor la espe-

ra–, salir de casa, oyendo hablar de los rumores creados en torno a Él y del odio que subía y lo rodeaba por todos lados. Era el mal, que habría de armar contra su Hijo el golpe más atroz posible. Y Ella que lo adoraba como a su Dios y a su Hijo, sintiendo el pecado horrible que estaba siendo preparado, consideraba de frente los tormentos que deberían venir.

El resultado fue la hora magnífica de su fidelidad: mientras tantos hombres desertaron, Nuestra Señora se encontraba de pie junto a la cruz. No era de dudar que lo estuviera, pues estaba confirmada en gracia; pero Ella se encontraba allí como fruto de una larga preparación. Es decir, no desmayada, ni desfalleciendo, ni quebrantada por los acontecimientos. La iconografía católica presenta, en todos los siglos, a María Santísima muy firme, de ningún mo-

do desorientada, sin dominio de sí, o deseando huir. Esas son pasiones viles que no cabrían en su alma, a las cuales se contraponían, en el orden teórico, virtudes más excelsas que Ella había elevado al más alto de los grados supremos. Nunca nadie sufrió tanto, con tanto dominio de los acontecimientos, comprendiendo tanto la lógica de lo que sucedía, con tanta fuerza y altivez, con tanto odio al mal, como Nuestra Señora.

Para aplastar al demonio, Nuestra Señora deseó los sufrimientos más atroces

Ella sabía que todo el mal en el mundo sería aplastado en el momento en que su Divino Hijo expirase. Durante todo el tiempo, la Santísima Virgen estuvo en la siguiente disposición: “Adoro a mi Hijo, pero si

es necesario sacrificarlo para aplastar al demonio y derrotar el poder de las tinieblas, concuerdo en que mi propio Hijo muera. Yo lo entrego, por así decir, lo inmolé. Esa espada, yo misma la clavé en mi propio Corazón. Pero es necesario que el demonio sea aplastado. Es necesario que el mal – que hoy llamamos Revolución – sea despedazado para siempre. Me uno a las intenciones santísimas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y hago este sacrificio horroroso. Pero eso que está aconteciendo en lo alto de la cruz, lo quiero, y no dejo de quererlo un instante, con toda la intensidad de mi ser.”

Si esto no es espíritu de combate, disposición para arrasar al adversario, entonces no sé qué más significan esas palabras.

¡Treinta y tres años de preparación! ¿Qué tiene eso en



Virgen de la Paz – Iglesia de San Mateo, Lucena, España

Flavio Lourenço



común con la vida de Nuestro Señor? Para no hablar de preparación remota, en el Huerto de los Olivos Nuestro Señor quiso meditar y prever todo lo que le sucedería. Entonces, comenzó a sentir horror y pavor de lo que vendría, e hizo aquella oración: “Padre mío, si es posible, apártese de mí este cáliz” (*Mat 26, 39*), es decir, “si no fuera una condición para que el género humano sea redimido, en fin, si dentro de vuestros designios fuera posible derrotar al demonio sin eso, no obstante, hágase vuestra voluntad y no la mía. Yo acepto y quiero todo ese sufrimiento para llegar a ese resultado”. Orden mental, lógica, calma y generosidad suprema, indicando cuál es el temple del varón cató-

lico ante el dolor, y el amor al sufrimiento que se debe tener.

Espada que representa el dolor y la lucha

Muchas veces, en nuestra vida hay aspectos triunfales en medio de la guerra en que nos movemos. Pero necesitamos persuadirnos bien de que lo normal, la lucha tremenda que estamos teniendo, es que vengamos varios momentos en los cuales una espada de dolor traspase el alma de cada uno de nosotros.

A veces parecemos derrotados, desorientados, abandonados por la Providencia, como dice el salmo que Nuestro Señor recitó en lo alto de la

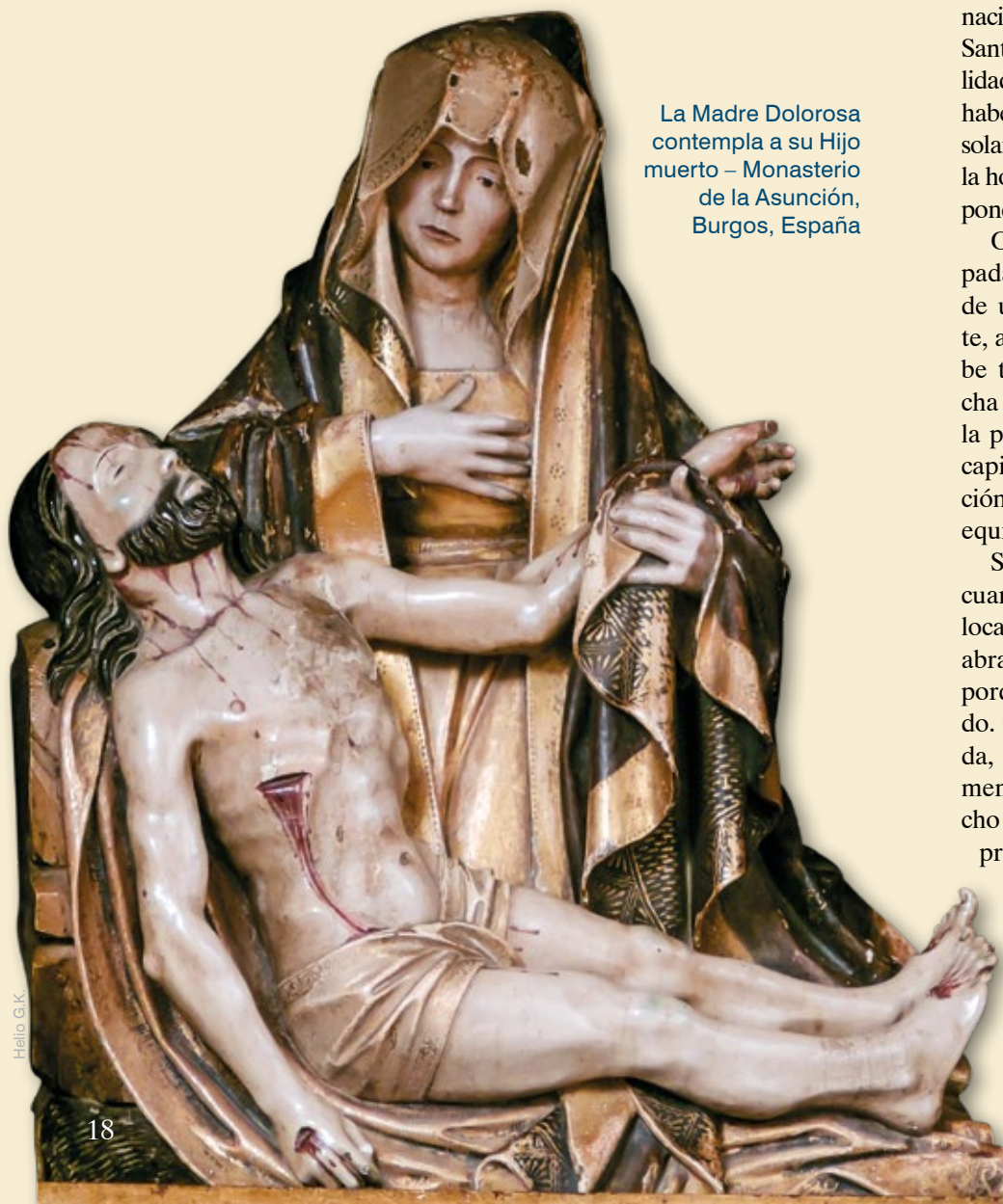
cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?” (*Mat 27, 46*). Debemos colocarnos delante de esta perspectiva: esas son cosas que pueden acontecer, nuestra lucha no será siempre un desfile de victorias. No seríamos dignos de Nuestro Señor Jesucristo, ni de su Madre Santísima, si eso fuera así. Es menester que tengamos delante de los ojos siempre la idea de que una espada de dolor nos atravesará en determinado momento.

Debemos pedir a Nuestra Señora que nos obtenga la gracia, que bajo determinado punto de vista no temo en llamar de suprema, de desear, amar y, desde ahora, preparar nuestra vida para esa hora. Porque, así como la hora de la espada, junto con la de la Encarnación, fue la gran hora de la vida de la Santísima Virgen – la hora de la fidelidad –, así también podemos decir no haber sido la gran hora de nuestra vida solamente la vocación, sino que va a ser la hora de la perseverancia, que corresponderá a la hora de la espada.

Ojalá nosotros tengamos una espada que con gran furor guerrero y, de un modo más terrible, presente, al mismo tiempo, el dolor que debe traspasar nuestras almas y la lucha contra nuestros adversarios, y yo la pondría como símbolo en nuestra capilla, porque, más que una resignación, nos debe caracterizar una sana y equilibrada apetencia de esa espada.

Se cuenta que Nuestro Señor, cuando recibió la cruz, antes de colocarla a costas lloró de emoción, la abrazó y la besó con mucho cariño, porque desde siempre la había deseado. Ojalá en la hora de nuestra espada, podamos también llorar varonilmente de emoción, besarla con mucho cariño y decir que desde siempre la deseábamos. Es el pedido de amor a esa espada que debemos presentar a Nuestra Señora de los Dolores. ❖

(Extraído de conferencia de 9/4/1965)



La Madre Dolorosa contempla a su Hijo muerto – Monasterio de la Asunción, Burgos, España



Instintos y amor a lo maravilloso

El hombre posee instintos en los cuales, debido al pecado original, hay algo de desordenado. Para conseguir la ordenación natural de los instintos es necesaria una especie de educación y propensión hacia lo maravilloso. Esa es la vía por la cual las almas caminan en el amor de Dios.

Por ser un animal racional, el hombre tiene dos conjuntos de instintos: los del cuerpo y los del alma. Los instintos del alma son mucho más nobles que los del cuerpo, si bien éstos ejerzan influencia sobre aquellos. Basta ver, por ejemplo, el instinto de conservación, como existe en el animal y en el hombre.

Los instintos del cuerpo se conjugan con los del alma

Al tener noticia de una cosa que le es nociva, el animal huye o avanza. Eso es mucho menos noble que



Rute Martins (CC3.0)



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DEL DR. PLINIO

lo que hace el hombre, que conoce por qué aquello es nocivo, y estudia el modo de avanzar, de retroceder.

En el hombre, por causa de nuestra naturaleza espiritual y animal, los instintos del cuerpo se conjugan con los del alma formando un movimiento armónico, pero compuesto de elementos diversos. Por tanto, no es como si fuese un solo tipo de instinto.

Comencemos por estudiar los instintos del cuerpo para después analizar su efecto en los del alma. A continuación, consideraremos su relación con la templanza y la intemperancia.

Con nosotros sucede un fenómeno que con los animales no se da. Por no haber sido alcanzado por el pecado ori-

ginal, el animal tiene instintos siempre armónicos. No se conoce un animal – excepto si estuviese loco– que proceda de un modo contrario a sus instintos. Éstos, siempre son equilibrados, y casi se diría que son mecánicos, en cuanto que en el hombre los instintos están desequilibrados y son difíciles.

Tomemos como ejemplo, en un hombre, la tendencia al reposo. Ese instinto existe de forma diferente en los diversos cuerpos humanos, de tal manera que se puede decir que en cada hombre hay una determinada peculiaridad, por donde el modo de reposar nunca se repitió ni se repetirá en ningún otro hombre, lo que corresponde a las apetencias y, en este sentido, a los instintos de su cuerpo, como también por conexión, a los instintos del alma.

Conocí a un individuo con una naturaleza, por algunos aspectos, tan plácida que durante el sueño, no se movía en toda la noche. Me dijo que había hecho experiencias, antes de acostarse por la noche, de coger una parte de la sábana, hacer un repliegue y sujetarlo con la mano. A la mañana siguiente, cuando se despertaba, el mismo repliegue estaba intacto. Quien lo conoció, notaba eso mismo de forma muy presente en varias de sus formas de ser. Mientras dormía, su instinto animal dominaba, exclusivamente. Pero algo de eso correspondía al alma, por lo que llevaba una vida muy calmada, tranquila, metódica, con modos y gestos sencillos. Se ve que el cuerpo tiene un cierto conjunto de instintos diferentes, pero condicionados a los del alma.

Represión o estímulo a ciertas apetencias

En función de eso, algunas cosas pueden causar un bien al instinto del cuerpo porque lo estimulan, y, otras por hacer contrapeso, sirviéndole de correctivo. Por ejemplo, es posible que un hombre exageradamente fo-



Martirio de San Ignacio de Antioquía, Catedral de Palencia, España

goso, por instinto, sea propenso a frecuentar ambientes con penumbras, a comer mucho helado, a vestirse con un cuello de la camisa bastante holgado. Por otro lado, alguien muy indolente puede “darse un latigazo” tomando un determinado tipo de bebidas. Así, para uno, el instinto pide la penumbra, y para otro, pide el licor.

Entretanto, es posible que acontezca, que para corregir una carencia o estimular alguna apetencia, el instinto induzca a la persona a una exageración, lo que puede llevarla a la intemperancia, o ya constituya, de sí, una pizca de intemperancia.

Puedo admitir, por ejemplo, que una persona muy débil, obligada a enfrentar difíciles condiciones de vida, se sienta muy estimulada bebien-

“La templanza”. Catedral de la Asunción, El Burgo de Osma, España



Flavio Lourenço

Flavio Lourenço



do *Cointreau*. 1 Ahora bien, se puede concebir que un hombre, sintiéndose dignificado y más varonil después de haber bebido una copita de *Cointreau*, se envíe con ese licor, a partir de eso. No se trata apenas del borracho por el gusto de beber, sino que hay una razón más compleja, más delicada: por un buen movimiento del alma mediante el cual busca completarse en el *Cointreau*. Ese buen movimiento lo lleva a exagerar la dosis.

Tenemos así, al contrario que en el animal, instintos en los cuales siempre alguna cosa es desordenada y pide una reprimenda o un estímulo. Por consiguiente, el recurso a determinados agentes para reprimir o estimular determinadas apetencias, da al hombre un deleite en el uso de

esos agentes, que, a su vez, su gusto puede conducirlo a la exageración.

Sin duda, muchas veces el individuo adquiere un vicio de aquello que su naturaleza no precisa. Por ejemplo, en un corrillo de niños queda bien fumar, y él es el único que no fuma. Entonces, comienza a fumar. A partir de ese momento, se habitúa al deleite proporcionado por el cigarrillo, hacia el cual, hasta entonces, no tenía apetencia. Se trata, por tanto, de una pura degustación a la que se habituó inútilmente, por un acto de servidumbre al ambiente en el que estaba. En ese caso, no notamos nada de noble en el origen de ese vicio.

Sin embargo, creo que, en muchos casos, cuando se habla del mero borracho, tal vez se pudiese afirmar la existencia de algo razonable en el origen del alcoholismo, que, por haberse destemplado y deshecho el elemento razonable, entró el mal.

Hay instintos más contundidos por el pecado original

Eso tiene su efecto práctico: si vemos que un hombre cayó en la intemperancia por un motivo originariamente bueno, para él será una ayuda explicarle lo que ocurrió. No es, por tanto, la pura reprimenda: “¡Estás borracho, eres un cretino, eres un asqueroso!” sino que es preciso prestarle un auxilio.

¿Cuál es la ventaja de esa ayuda para él?

Como percibe que no todo cuanto le están recriminando es malo, él mantiene una especie de reserva contra la reprimenda que está recibiendo, como quien dice: “Usted no comprende bien, pero, por un lado, eso es bueno. Luego, no puedo aceptar esa reprimenda enteramente”. Y por no poder aceptarla enteramente, él toma eso como un pretexto para continuar en su vicio.

Quien quiera ayudarlo, debe quitarle el pretexto diciéndole: “Por ese

lado, eso sería bueno; pero usted se desvió y por eso llegó a tal punto...”.

Sucede que en nosotros, seres humanos, hay uno o más instintos especialmente golpeados por el pecado original. En la medida en que el hombre peca en esos instintos, va desequilibrando todos los otros, por vía de consecuencia.

El juego temperamental del hombre es como un móvil de viento

Hay una especie de adornos de origen chino, llamados móviles de viento, que se cuelgan de una lámpara, constituido de un sistema de pequeñas palancas y varillas, hechos con material delicado imitando el cristal. Ese adorno está calculado de tal manera que, soplando un viento en cualquier lado de ese sistema de palancas, mueve todas las varillas y se inicia una “danza” siempre diferente de la anterior.

El conjunto temperamental de un hombre es como un móvil de vien-



Thiago ITN



to. Si en algún punto consintió en ser empujado, todas aquellas partes del móvil de viento comienzan a moverse. Y, por un consentimiento a un instinto desordenado, entra el zarandeo de una especie de desequilibrio total.

Decir que, por el contrario, la experiencia demuestra que hay personas equilibradísimas en ciertos puntos, pero desequilibradas en otros, no corresponde a la realidad. Pueden existir algunos puntos menos desequilibrados que otros; pero, allí donde se instaló un desequilibrio, el sistema corrosivo de todos los desequilibrios de repente comienza a estallar. Y, al modo de una infección que se instala en un miembro, más tarde o más temprano, si no es descubierta, acaba gangrenando todo el cuerpo.

El problema está en tener toda la integridad, o casi diría, la pureza de no consentir en nada. Porque en un punto en el que se consienta en un desequilibrio, todo el mecanismo se altera. Entonces, comienza una batalla para conservar el equilibrio

aquí, allá, acullá. Sería más o menos como si un hombre agarra un móvil de viento queriendo sujetar con la mano todas las partes para que no se muevan. No es posible. Mientras haya un hombre moviéndolo, no hay mano que sujete todas las varillas.

Entonces, o el individuo está en un estado en el que ejerce sobre los instintos una vigilancia completa o, tarde o temprano, se precipita en intemperancias progresivas que pueden alcanzar, y muchas veces alcanzan, proporciones asustadoras.

Equilibrio implícito de los instintos

Frente a esta descripción, la persona se siente más o menos desconcertada y dice: “Yo no domino esto. Sería deseable sujetarlo, y es una miseria que no lo haga; reconozco tener culpa en no emprender esa lucha, pero no me pidan eso porque es un trabajo tan heroico, hercúleo y constante, que no tengo fuerzas”.

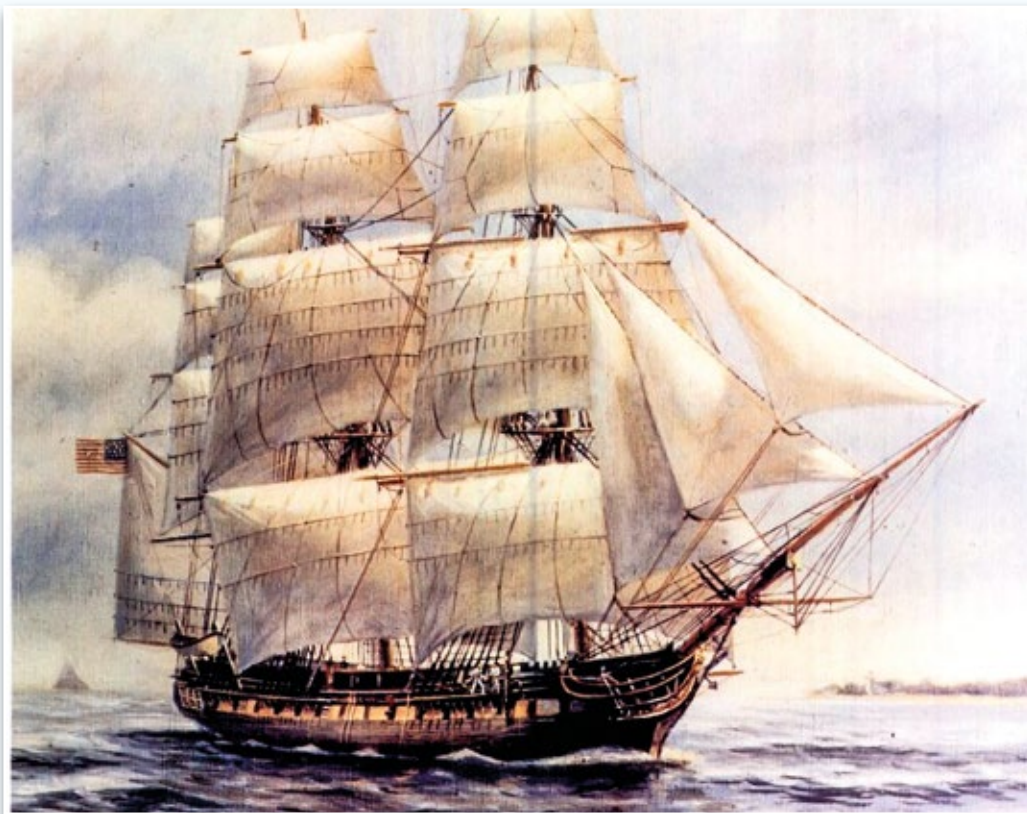
Ahora bien, el alma habituada a considerar con fortaleza las bellezas metafísicas, transesféricas ², vuelto fuertemente hacia lo Absoluto y lo sobrenatural, tiene una actitud – también instintiva – de oposición a los desequilibrios. Eso ofrece al individuo la posibilidad de no hacer de cada represión al instinto una cacería consciente, sino que le da una actitud de equilibrio implícito, que es el primer equilibrio frente al primer desequilibrio. Pongo un ejemplo:

Imaginen un hombre viajando a bordo de un navío que esta balanceándose mucho. Si tiene el conjunto de los instintos bien constituido, incluso estando en pie y conversando con alguien sobre una noticia del periódico, es sólo el navío comenzar a moverse, que su cuerpo va haciendo contrapeso sin estar pensando en eso.

En esa situación, viniendo un movimiento más fuerte, que le exige más atención, él ya está mucho más adelantado en la previsión de la caída que otro hombre que sólo se dará

cuenta de la sacudida del navío cuando casi está cayendo en el suelo. Eso, porque, en este segundo caso, la tendencia de los instintos para el equilibrio es muy floja, está habitualmente como un fardo de carga. Resultado: hasta movilizarse, no aguanta.

Así, el equilibrio moral y el psicológico comportan esa posición. Uno es el hombre dotado de sentido de lo maravilloso, delante de quien todo lo que desequilibra instintivamente toma esa postura, y tiene una prevención contra el desequilibrio más fuerte y seria, lo que es una con-



Navy Art (CC3.0)

dición de victoria. Por el contrario, el hombre relajado, no vuelto para lo maravilloso, tiene una condición previa de pereza que lo inclina a entregarse y, por tanto, resistirá mal a la fuerza del conjunto de los instintos.

Otro elemento a considerar –cosa mucho más adquirida que innata– es la buena educación. Al hacerse instintiva, la buena educación lleva al individuo a percibir enseguida cuando no está agradando y, espontáneamente, a tomar una posición acertada frente a la persona con quien trata, para agradecerla. Por el contrario, quien no tiene esa formación, va desagradando, errando, haciendo estupideces, y si le dijese:

– ¡Preste atención en lo que usted dijo!

– Él responde:

– ¡No consigo! O trato del tema del que estoy hablando, o cuido de sus “niñerías sin gracia”, en el modo de coger los cubiertos, etc. Tratar de una cosa seria y, al mismo tiempo, manosear con distinción y elegancia una taza de café o cortar bien la carne, no lo hago. No es posible.

¿Pero, por qué? Porque el conjunto de los instintos no fue bien ajustado. En último análisis, porque el gusto de lo maravilloso, de lo trascendental, de lo absoluto no dominó su alma. Si hubiese dominado todo eso, por un movimiento espontáneo, va tomando actitudes conforme a ese conjunto de instintos ajustados.

Ordenación natural de los instintos y sentido de lo maravilloso

Deberíamos conocer el mecanismo de nuestros instintos a partir de la posesión habitual, del interés mayor, del gusto por lo maravilloso.

Cuando el alma se entrega a lo maravilloso, el efecto propio de lo maravilloso es hacer volver la apetencia de todos los instintos –que de algún modo se satisfacen en lo mara-



Exposición de cristales de Bohemia. Praga, República Checa

viloso– hacia ese punto maravilloso. De manera que sólo en aquello que los instintos tienen de bajo es en lo que son incompatibles con lo maravilloso. En todo el resto, no lo son.

Tomen por ejemplo, un niño con el sentido de lo maravilloso muy desenvuelto y que, habiendo recibido objetos hechos de nácar, está jugando encantadísimo. Si alguien quisiese establecer con él una conversación muy banal sobre mecánica, eso no hará mal a su alma porque él está tan vuelto hacia cosas más altas, que podrá escuchar aquella conversación por amabilidad, por afabilidad, e incluso hacer dos o tres preguntas sobre el asunto, pero su corazón no estará en aquello. Si le sugiriesen renunciar a jugar con sus nácares para asistir a una carrera de coches, aquella atracción desequilibrada por la velocidad no le significa nada, porque él prefiere el gusto de ver las conchas de nácar.

A causa de que, al conocer algo muy maravilloso, somos llevados a amar, por conexión, o a estar abiertos a una serie de otras cosas maravillo-

sas que no conocemos. Es un universo. Esas maravillas de tal manera desdoblán nuestras apetencias, armónica y ordenadamente, que la tendencia hacia las cosas más bajas decae mucho.

Es una ordenación natural de los instintos, pero que viene del amor a lo maravilloso. Esa especie de educación y propensión por lo maravilloso, antes que nada, por lo maravilloso moral, pero también por lo artístico y por todas las formas de maravilloso, por así decir, fijando al hombre en lo maravilloso, es propiamente la vía por la cual las almas caminan en el amor de Dios. ❖

(Extraído de conferencia de 9/4/1986)

- 1) El Cointreau es un licor de origen francés que tiene como base cáscara de naranja
- 2) Relativo a “transesfera”. Término creado por el Dr. Plinio para significar que, por encima de las realidades visibles, existen las invisibles. Las primeras constituyen la esfera, o sea, el universo material; y las invisibles, la transesfera.



SANTORAL

Josep Llacort (CC3.0)



San Fructuoso

1. San Hugo de Grenoble, obispo († 1132). A los veintisiete años le fue encomendado el gobierno de la diócesis de Grenoble, Francia, donde apoyó la obra de los monjes de Cluny, en la reforma del clero propugnada por San Gregorio VII.

2. Beatos Diego Luis de San Vitores, presbítero y **Pedro Calungsod**, mártires (†1672). En Tumon, en la isla de Guam, en Oceanía, fueron lanzados al mar por odio a la fe cristiana, por algunos apóstatas y nativos paganos.

3. Beato Juan, presbítero (†1275). Fue uno de los discípulos de San Francisco de Asís, Enviado al sur de Francia, enseñó allí la nueva forma de vida evangélica.

4. San Isidoro, Obispo y Doctor de la Iglesia (†636). Discípulo de su hermano Leandro, fue también su sucesor en la sede de Sevilla. Escribió con erudición, convocó y presidió varios concilios y trabajó con celo y sabiduría por la Fe Católica y por la observancia de la disciplina eclesiástica.

5. Domingo de Ramos

Santa Irene, virgen y mártir (†204). Por conservar los libros sagrados a pe-

sar de la prohibición del emperador Diocleciano, fue quemada por orden del Gobernador Dulcecio.

6. San Pablo Le Bao Tinh, presbítero y mártir (†1857). En Vietnam, dirigió el seminario, elaboró un libro de la Doctrina Cristiana. Fue condenado a muerte por decapitación en el tiempo del emperador Tu Duc.

7. San Juan Bautista de la Salle, presbítero (†1719).

San Hermann José, presbítero (†1241 o 1252) Vivió en el monasterio premonstratense de Steinfeld, Alemania. Brilló por su amor a la Santí-



Santa María Elizabeth Hesselblad

sima Virgen María y celebró con himnos y cánticos su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

8. Santa Julia Billiard, virgen († 1816). Fundó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur y propagó ardorosamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

9. Jueves Santo. Institución de la Eucaristía

9. Santa Casilda, virgen († 1075). Nacida mahometana, ayudó compasivamente a los cristianos encarcelados

y después siguió la vida cristiana en la soledad eremítica, cerca de Briviesca, España.

10. Viernes Santo. Pasión del Señor

San Beda, el Joven, Monge (†c.883). Antes de abrazar la vida monástica, sirvió al emperador Carlomagno durante cuarenta años.

11. Sábado Santo

San Estanislao, Obispo y mártir (†1079).

Beata Sancha, virgen (†1229). Hija del Rey de Portugal, D. Sancho I. Fundó en Celas un monasterio de hermanas cistercienses, donde se entregó a la vida monacal.

12. Domingo de Pascua. Resurrección del Señor.

Santa Teresa de Jesús de los Andes, virgen (†1920). Siendo novicia de la orden de las Carmelitas Descalzas, se ofreció a Dios como víctima por el mundo pecador y murió de tifus a los veinte años de edad.

13. Beatos Francisco Dickenson y Milon Gerald, presbíteros y mártires (†1590). Durante el reinado de Elizabeth I de Inglaterra, fueron condenados a la horca y descuartizados por ejercer el ministerio sacerdotal.



San José Cotelengo

Agostino Cortisenga (CC3.0)



San Agapito

14. San Bernardo de Tirón, abad (†1117). Llevó vida eremítica en la isla de Chausey y fundó el monasterio de Tirón, próximo a Chartres, Francia. Encaminó a la perfección evangélica a muchos discípulos que acudían a él en gran número.

15. San Damián de Veuster, presbítero (†1889). Miembro de la Congregación de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Dedicó su vida a asistir a los leprosos en la isla de Molokai, en Hawái, terminando él mismo contagiado de lepra.

16. San Fructuoso, obispo (†c.665). Fue monje y fundador de varios monasterios. Por determinación del décimo Concilio de Toledo fue obispo de Braga, Portugal.

17. Santa Catalina Tekakwitha, virgen (†1680). Natural de una tribu indígena en la provincia de Quebec, Canadá, recibió el bautismo en el día de la Pascua y consagró a Dios su virginidad, sufriendo por ello muchas amenazas y vejaciones.

18. Beata Savina Petrilli, fundadora (†1923). Fundó la Congregación de Hermanas de Santa Catalina de Siena, para auxiliar a las jóvenes desamparadas pobres.

19. II Domingo de Pascua. Divina Misericordia.

San Bernardo, el Penitente (†1182). Para expiar los pecados de su juventud optó voluntariamente por el destierro y, descalzo, vestido apenas con un hábito pobre y vistiéndose de modo frugal, peregrinó incesantemente visitando santos lugares.

20. San Vihón, obispo (†804) Enviado por el Emperador Carlomagno para evangelizar Osnabrück, en Sajonia, Alemania, sufrió mucho por Cristo.

21. San Román Adame, presbítero y mártir (†1927). En el territorio de Guadalajara, México, fue martirizado por confesar a Cristo Rey.

22. San Agapito I, Papa (†536). Trabajó enérgicamente por la libertad del clero en la elección de los obispos y por respeto a la dignidad de la Iglesia.

23. San Adalberto (Vojtech), Obispo y mártir (†997).

24. Santa María Elizabeth Hesselblad, virgen (†1957). Oriunda de Suecia, después de trabajar varios años en un hospital, restauró la Orden de Santa Brígida. Notable por su apetencia por la contemplación.

25. San Marcos, Evangelista (†S. I).

26. III Domingo de Pascua Madre del Buen Consejo de Genazzano.

San Esteban, obispo (†1396). Evangelizó a los nativos zyrjani, para quienes elaboró un alfabeto. Erigió iglesias y condujo a aquellos pueblos hacia las verdades de la Fe.

27. Beata Catalina, virgen (†1565). Ingresó a la Orden de Penitencia de San-

to Domingo y allí vivió entregada a la contemplación, durante cincuenta y un años. Falleció en Kotor, Montenegro.

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841). Dedicó su ministerio a atender a campesinos y a niños. Al ser enviado a Oceanía trabajó en la Isla de la Fortuna, donde no había cristianos. Después de muchas dificultades consiguió convertir a algunos nativos, entre ellos al hijo del rey. Indignado el monarca mandó a matar a San Pedro, que se convirtió en el primer mártir de ese continente.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia (†1380). Terciaria dominica, favorecida por visiones de Nuestro Señor, desempeñó un importante papel en la solución de problemas en la Iglesia, como el retorno del Papa de Aviñón a Roma y la reforma de la Curia Romana.

30. San José Cotolengo, presbítero (†1842). Confiando únicamente en el auxilio de la Divina Providencia, abrió una casa para acoger todo tipo de pobres, enfermos y abandonados.



Santa Catalina Tekakwitha



Un guerrero perfecto

Aunque inclinado desde la infancia a la vida contemplativa, San Nicolás de Flue ejerció los más variados oficios, como el de un simple pastor, militar, juez y padre de familia. Soldado de arrojo poco común, empuñaba en una mano la espada y en la otra el Rosario. Sin embargo, lo que más lo caracterizó fue el hecho de que en toda su vida, aun ejerciendo las más variadas actividades, nunca dejó de tener visiones y revelaciones místicas.



San Nicolás de Flue – Iglesia parroquial
De Saint-Gallus em Amde, Suiza

Comentaré una ficha biográfica que trata sobre la vida de San Nicolás de Flue, sacada del libro *Los Santos Militares*, del P. Charles Profillet¹.

Inclinación a la vida contemplativa

Nicolás de Flue nació el 25 de marzo de 1417, falleciendo el mismo día del año 1487. Era natural del Cantón de Unterwalden, en Suiza. Hijo de modestos agricultores, demostró desde niño raras actitudes de inteligencia y de piedad. Por eso sus padres quisieron darle una educación un poco mejor de aquella que sería dada a un futuro labrador. Nicolás sentía enorme inclinación a la vida contemplativa. Tenía visiones que lo invitaban a esa vía.

Se mortificaba tan violentamente que su madre temió por su salud y se preocupó por orientarlo en ese sentido. Es interesante que, aun con tal vocación, Nicolás se casó, teniendo numerosa prole y alcanzando sus descendientes las más altas dignidades del país.

Casado, continuó con su género de vida: se levantaba en las noches para

rezar y todos los días recitaba el Salterio en honra de Nuestra Señora.

A los 23 años, fue llamado a luchar contra el cantón de Zurich, que se había rebelado contra la Confederación Helvética.

Ya en aquel tiempo, Suiza estaba dividida como hoy en cantones, o sea, provincias tan pequeñas que podrían ser comparadas a municipios. En la época de San Nicolás de Flue, esos cantones eran casi completamente independientes unos de otros. Tenían una vaga confederación y vivían en una cierta lucha entre sí, pues la influencia política dentro de Suiza era disputada por los países vecinos. Cada grupo de cantones –de lengua francesa, alemana, italiana, etc.– era trabajado por la potencia que le fuese afín.

Eso proporcionaba entonces una lucha política muy intensa. Es necesario considerar que ese fue el siglo militar de Suiza. Fue en ese período que los suizos comenzaron a manifestarse como grandes militares, proporcionando tropas mercenarias para Europa entera. La Guardia Suiza, que aún sirve a los Papas, es una reminiscencia de esta tradición. Por

lo tanto, en esa época, Suiza iba entrando en su período relativamente rápido de gloria militar.

En una de las manos la espada, en la otra, el Rosario

Catorce años más tarde, aún en esta lucha, comandó como capitán una compañía de cien hombres.

Nicolás luchaba siempre en la guerra teniendo en una de las manos la espada, y en la otra, su Rosario. Soldado de arrojo poco común, fue galardonado con la más alta condecoración de su tierra.

¡Qué linda escena! Entrar en el campo de batalla llevando en una de las manos la espada, y en la otra asegurando el escudo y el Rosario...

Es digno de nota cómo el ambiente que cerca los objetos de piedad, fue cambiando a lo largo de los siglos por causa de la influencia del espíritu “herejía blanca”². ¿Quién diría hoy viendo un Rosario que “ese objeto me recuerda a un guerrero”? Por el contrario, la mayoría de las personas asociará el Rosario a un símbolo del hombre incapaz de guerrear, de tal forma la

*¡Qué linda escena! Entrar en el campo de batalla
llevando en una de las manos la espada y, en la
otra, asegurando el escudo y el Rosario...*



mentalidad “herejía blanca” fue transformando la fisonomía moral del católico; y la idea del católico guerrero se fue borrando. Ahora bien, esa es una grave injusticia con el Rosario.

Continuas visiones, aun ejerciendo los más variados oficios

Al volver a casa quisieron hacerlo alcalde, pero él no aceptó por causa de la humildad de su origen.

¡Aquí vemos la belleza del espíritu de jerarquía! Le ofrecieron un cargo público, pero él declara no querer ejercer tal función por ser de

un origen muy humilde, por respeto a las personas de condición más alta que había en su cantón.

Sin embargo, ejerció con rara habilidad el cargo de juez. Lo dejó después de nueve años, para dedicarse exclusivamente al cuidado de su alma.

Sus visiones no lo dejaban. Guardando el rebaño, vio en cierta ocasión...

Esto es necesario verlo en la atmósfera suiza, con el ganado en sus laderas, aquel paisaje muy bonito, San Nicolás tocando un cuerno que sirve de corneta para reunir a todo el ganado, en el horario de la puesta del sol. Después, rezando solo el Ángelus y dirigiéndose al establo para guardar los animales...

Qué bella la simplicidad de ese hombre que, habiendo sido guerrero, escogido como alcalde y juez, se recoge a la vida privada y se va a guiar rebaños.

Por otro lado, durante todo el tiempo, teniendo visiones... La ficha afirma: “Sus visiones no lo dejaban”. O sea, tanto como guerrero, juez y pastor, tenía visiones.

Entonces, en un pequeño tribunal del lugar, está sentado el juez Nicolás de Flue. Mientras las personas discuten para decidir una causa, de repente, su mirada se vuelve estática, su rostro se ilumina, ve una escena celestial cualquiera... Todo el mundo se detiene, los odios se desarmen. Cuando cesa la visión, las partes están reconciliadas y el pleito está resuelto.

¿Hay algo más bonito que un pastor que tiene visiones en las laderas de los Alpes? ¡Cosa maravillosa! En aquella naturaleza poética, toca el olifante, y de repente, oye un ángel que continúa su toque. Ese ángel va para los cielos, y el ganado se recoge tranquilamente en el redil, guiado por otro espíritu angélico. Es una visión en uno de esos crepúsculos o en una de esas auroras maravillosas de Suiza, en que la nieve se vuelve rosácea, azul-claro, y el cielo se tiñe de todos los colores... Un ángel en medio a la inocencia de aquella naturaleza... ¡es algo absolutamente superior!

No vulgarizar los favores celestiales recibidos

Guardando el rebaño vio, en cierta ocasión, cómo un lirio maravilloso salía de su propia boca, elevándose hasta las nubes, pero que luego caía sobre



Visión de San Nicolás – Parroquia y Santuario de Sachseln, Suiza

Alpöhi (CC3.0)

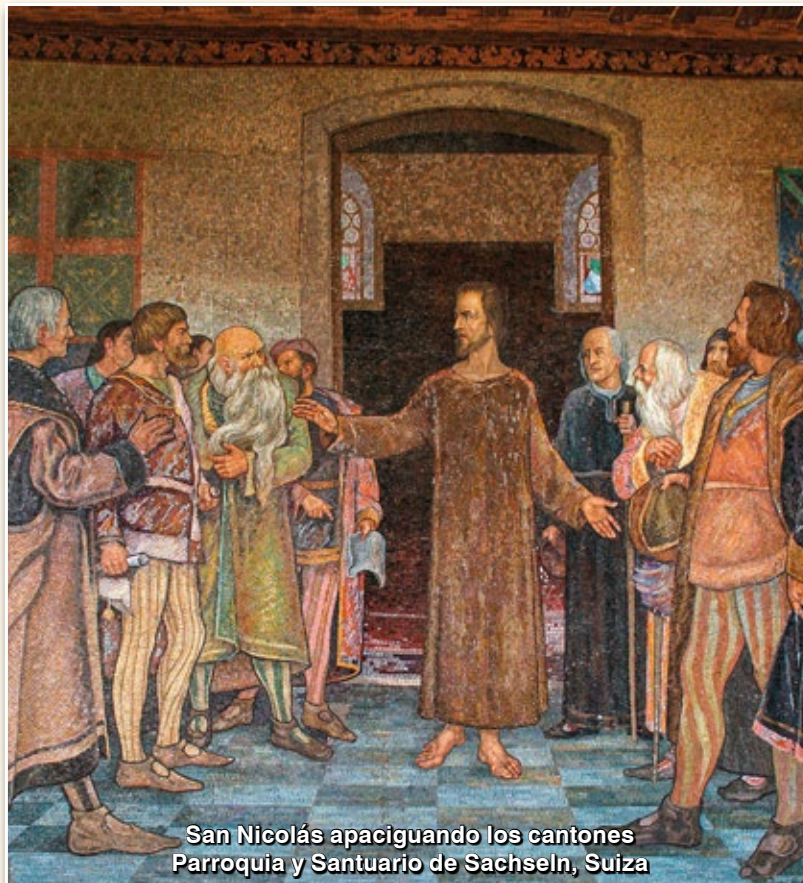
Peter elektro (CC3.0)

la tierra siendo devorado por un caballo. Comprendió entonces que la contemplación de las cosas celestiales en su vida, era frecuentemente absorbida por los cuidados materiales.

Lindo simbolismo: un pastor ve un asta delgadísima y un lirio brillante que sube al cielo. ¡Es algo maravilloso! Pero, después se cae al suelo y es comido por un caballo. “¡Qué cosa rara!”, pensaría él. Concluye entonces, que aunque se elevaba, a veces, a consideraciones muy altas, las cosas terrenas hacían pasar esas altas consideraciones.

Si a alguno de nosotros le sucede a veces tener algún pensamiento muy elevado y, volver después para las cosas de la tierra –no me refiero a que sea comida para caballos, sino que son cosas mecánicas o meramente materiales, que aplastan el espíritu–, entonces, sea devoto de San Nicolás de Flue, quien hasta favorecido por grandes visiones, tenía el mismo problema.

Es un aliento para nosotros poder ver cómo los santos lucharon y tuvieron las mismas dificultades nuestras; y cómo fueron acogidos por Nuestra Señora de forma maravillosa, pues



San Nicolás apaciguando los cantones
Parroquia y Santuario de Sachseln, Suiza

eran hombres de oración y de amor a Dios.

Pidamos a San Nicolás de Flue la gracia que ciertamente obtuvo en esa ocasión, de no vulgarizar en la vida de todos los días los favores celestiales recibidos. Imploramos también que él se apiade de nosotros y se vuelva hacia nuestra flaqueza, dando estabilidad a los buenos pensamientos que puedan pasar por nuestras almas.

Apaciguador de discordias entre sus coterráneos

Abandonó entonces su mujer y sus hijos y se hizo ermitaño.

Evidentemente, la mujer debe haber concordado, de lo contrario, él no sería santo.

Se volvió un extraordinario místico. Por años se alimentó solamente con la Sagrada Eucaristía, recibida una vez por mes.

Amado y venerado por sus conciudadanos, que muchas veces lo llamaron para apaciguar discordias entre los cantones, siempre obtuvo éxito en todas esas misiones.

Notemos lo que era la visión política de la Edad Media, a pesar de ya estar decadente. Aquellos cantones, como ya decíamos, tenían en

tre sí discordias que llegaban a provocar guerras. En esas contiendas, con certeza, una de las partes no tenía razón –cuando no sucedía que ambas partes estaban de mala fe–. Para evitar el derramamiento de sangre, los dos lados buscaban al santo. Y San Nicolás de Flue nunca fue mal sucedido en su misión. Ahora, ¿Cuál fue la misión en que la ONU fue realmente exitosa? Además, con qué confianza se buscaba al santo, y con qué mil reservas se busca a la ONU... ¿De qué adelanta un aparato jurídico cuando falta la santidad o el buen espíritu?

Poco antes de morir, Nicolás fue víctima de dolores intensos. “Ah, cómo es





terrible la muerte”, decía él. Pero exhaló su último suspiro con gran calma.

Existe una concepción “herejía blanca” según la cual el santo nunca tiene miedo de morir. Que el santo fallece diciendo: “Oh muerte, venid a mí”. No es verdad. Muchos santos fallecieron con el terror de la muerte, pero Dios los sustentó, y casi todos ellos, al final, tuvieron una muerte apacible. San Nicolás de Flue sintió dolores violentísimos y decía *cómo es terrible la muerte*. Pero, después, su final fue plácido. Entregó el alma a Dios en la tranquilidad.

Condecorado con honras militares aún después de su muerte

Sus restos mortales fueron depositados en la iglesia de Saxen, aldea natal del bienaventurado. Quien la visita hoy ve bajo el altar el esqueleto del “Hermano Klaus”, como lo llaman, adornado de oro y diamantes, y llevando en el cuello condecoraciones de numerosas órdenes militares...

¡Es una cosa linda! Como él fue santo y militar, las grandes órdenes militares le mandan condecoraciones con las cuales se cubren sus reliquias. De manera que ese hombre, que en vida tuvo apenas una pequeña lucha entre los cantones, está constelado de encomiendas de Órdenes militares. Véase el respeto a la santidad que eso significa.

... *Que fueron conquistadas por sus descendientes sirviendo a otros países.*

Esto también es muy bonito. Los descendientes de ese santo, al conquistar insignias, las envían para ser puestas sobre sus reliquias y lo condecoran con ellas. Qué respeto a la tradición y qué amor al pasado nos indica esto. Europa está llena de estas enseñanzas.

Aquéllos que niegan el valor de la herencia sufren un verdadero gol-

pe con esto. El héroe que se quita la propia condecoración de su pecho para honrar al Santo, su antepasado, da a entender que es más prestigioso descender de San Nicolás, que estar cubierto de todas las honras de la tierra. Esa actitud es densa, llena de significado. ¡Ah, Europa sagrada!

Predicados de un perfecto guerrero

Un contemporáneo describió al beato Nicolás como un hombre de estatura elevada; su celda tenía seis pies de altura, lo que era el límite extremo para mantenerse de pie. Delgado, a punto de parecer hecho solo de piel y huesos. Su piel era bronceada. A medida que fue envejeciendo, el cabello, en lo alto de su cabeza, adquirió un tono gris oscuro. Dos mechas de barba descendían de su mentón. Tenía los ojos negros y serenos, la mirada enérgica y penetrante. El sonido de su voz era masculino, digno e imponente.

¡Qué belleza! Así debe ser un hombre. Cómo esto es diferente de ciertas imágenes que se ven en las iglesias, donde se tiene la impresión de que si aquella figura hablara emitiría un sonido nasal, cavernoso y blandengue.

Sus pies tocaban la tierra, pero su espíritu parecía planear en las regiones celestiales.

En fin, está hecho nuestro homenaje de admiración a San Nicolás de Flue. Que él nos dé coraje para que en los días difíciles que esperan a todo hombre contemporáneo, poder caminar hacia el enemigo empuñando un arma: el Rosario; y teniendo visiones y revelaciones. ¡Ése es el guerrero perfecto! ❖

(Extraído de conferencia del 6/4/1971)

1) No disponemos de los datos bibliográficos de la obra citada.



San Nicolás de Flue
Iglesia de Mammern, Suiza

2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en el arte y en la cultura en general. Las personas por ella afectadas se vuelven indolentes, mediocres, poco propensas a la fortaleza de alma y de cuerpo, así como a todo lo que significa esplendor.

¡Parece un cuento de hadas!

La Torre de Belén da la impresión de ser un castillo completo y no apenas una torre. Ella tiene la pompa, la imponentia, el entretenimiento de una fortificación. Sus piedras blancas al sol poseen un particular encanto, pareciendo un cuento de hadas. La Catedral de Sevilla es una fortaleza medio eclesiástica y una iglesia medio fortaleza.



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

La simple vista de la Torre de Belén siempre me produjo una impresión parecida, en el orden natural, a lo que sería un éxtasis en el orden sobrenatural. Éxtasis es una actitud del alma cuando tiene una comunicación de Dios, que hace que quede fuera de sí. Hay cosas que en el orden natural pueden producir éxtasis. Esa torre me produjo siempre un éxtasis.

Pompa, imponentia y entretenimiento de un castillo

Cuando fui a Lisboa, la visité detenida, prolongada y extasiadamente, pero no realicé el programa que tenía respecto de ella. Quién sabe si Nuestra Señora me dará la oportunidad de hacer eso algún día: ir hasta allá de noche, enteramente solo, dar varias vueltas a la torre. Más aún, tener una lancha a mi disposición, de manera a poder contemplarla a varias distancias desde el Tejo. Eso para hacerme la idea de cuál era la actitud de alma de un misionero o de un navegante portugués cuando salía en dirección al Atlántico y veía la Torre de Belén alejándose... qué nostalgias y éxtasis le causaría. Y cuando volvía y la observaba acercándose a ella, qué impresión experimentaba.

Ese edificio de tal manera da la impresión de ser un castillo entero, no una simple torre, que nos preguntamos cómo una torre puede ser tan bella. Ella tiene la pompa, la imponentia, el entretenimiento de un castillo, con lo siguiente de lindo: ¡Parece un cuento de ha-

Daniel VILLAFRUELA. (CC3.0)



das! Sensación causada por la piedra blanca con que está construida, y cuyo brillo al sol tiene un particular encanto, pero también por un predicado que se encuentra en varias obras de arte portuguesas, y que me agrada mucho: el contraste entre lo liso y lo sobrecargado.

Notamos que las paredes de la torre son enteramente lisas, y su monotonía es remediada, ventajosamente, apenas por lo siguiente: de alto a abajo, una línea constituida de una primera ventana, después dos pequeños arcos gemelos y divididos por una columna graciosa, formando una sola ventana. En seguida, un balcón con dosel y dos pequeños arcos que repiten los de encima. Ese balcón está intensamente ornamentado y es muy bonito. Tenemos entonces, reunidos en una superficie pequeña, una sobrecarga de ornatos que sería casi una caja de joyas, un relicario y no un balcón.

Belleza artística y utilidad militar

Inmediatamente abajo tenemos la unidad asegurada por la última ventana, muy simple, que repite la primera. Así, el epílogo recuerda el comienzo. Santo Tomás decía que el círculo es una figura perfecta porque vuelve a su origen, pues todo lo que retorna a su punto de partida es perfecto. Es bonito que el punto de llegada de esta línea perpendicular sea tan semejante al punto de partida, pues esas dos ventanas – la primera y la última – son iguales.

Noten también, para quebrar la monotonía, esas garitas colocadas simétricamente bien en los ángulos de la torre, todas con las mismas características: el techo muy sobrecargado, constituido de varios sectores y encimado por un



Pedro Simões (CC3.0)



cono, en lo alto del cual se encuentra una esfera. El resto, es simplísimo. Una simple ventana, como acostumbran tener las garitas, cuya pobreza, desnudez y sencillez recuerdan la primera y última ventanas arriba comentadas.

Consideren las almenas de la torre. Es una alta terraza circular destinada, evidentemente, a verificar lo que de día y de noche pasa alrededor. La torre está concebida para que ella misma se defienda contra un ataque del adversario. Mostraré en breve, los aspectos militares de la torre.

En lo que sería el parapeto, la torre tiene una serie de blasones de las casas hidalgas ilustres de Portugal. Cada una de esas puntas es un blasón, recordando las glorias de las casas aristocráticas de Portugal. Una puerta da acceso a un simple salón interno, donde los guardias descansaban y comían.

Es muy bonita la altanería y dignidad de esas varias divisas recordando las glorias de Portugal. Así, a diferencia de los muros “dentados”, como acostumbran ser las edificaciones de ese tipo de la Edad Media, los “dientes” son representados por esos emblemas. Reparen como ellos tienen una dignidad, un peso, un tamaño y una fuerza extraordinarios. En el intervalo entre un blasón y otro, el soldado tiraba saetas y, más raramente, proyectiles de armas de fuego primitivas que, en la época en que la torre fue construida, apenas comenzaban a ser usadas. Hecho el disparo, los combatientes se escondían detrás de los blasones de piedra, de manera a no ser fácilmente alcanzados.

Vemos, así, como la belleza artística coincide con la utilidad militar. El mismo hecho de que haya tan pocas ventanas se debe a la defensa, limitando la entrada a la

torre. Por eso también la ventana de abajo es muy simple y no tiene terraza, para que nadie se cuelgue y se quede atacando hacia dentro. Además, es una ventana con rejas. Todo con la preocupación de hacer de la torre un uso militar.

El unum se pierde en el cielo

En el centro de la torre se yergue un torreón menor que ella con el fin de dar espacio para la ronda. Hay, por lo tanto, dos rondas: una en lo alto, y otra abajo. En eso hay una razón militar muy buena, pues amplía mucho el campo de visión y la posibilidad de acertar los disparos.

Pero además de la razón militar existe una ventaja estética. La torre así como está impresiona mucho, pero deja en la vista una ilusión que resuelve el siguiente problema: vemos la parte más larga de la torre y encima de ella, la más estrecha. Sin embargo, encima no existe un *unum*. Ahora, todo en ese monumento pide que haya un *unum*; esas garitas piden un *unum*. ¿Dónde está?

La idea es que el *unum* se pierde en el cielo. Es un *unum* medio imaginario, como sería el del cono del volcán Fujiyama. Esa idea es insinuada por la diferencia de anchura entre las dos partes de la torre. La parte menor crea en la imaginación, subconscientemente, la ilusión de otras menores que se suceden, perdiéndose en el cielo, lo que tiene, por lo tanto, una gran belleza.

Si consideramos esa terraza en la base de la torre, que es la primera línea de defensa de esa fortificación, percibimos una vez más los escudos y las garitas repitiendo el elemento ornamental de encima. Abajo vemos ventanas



enrejadas que dan al calabozo, pues en el sótano de la torre existían prisiones.

Es muy bonita la anchura de esa terraza, porque tiene una cierta relación estética con la altura de la torre, haciendo que todo parezca muy amplio, cuando en realidad es simplemente una torre. Esa torre está para la terraza más o menos como la reina estaría para la cola de su vestido. La terraza es una especie de proyección, de la cola magnífica de la torre. La reina de piedra tiene una cola también de piedra y mira altiva a la ciudad, y dominadora para el mar. La posición es muy bonita.

Cabral y Don Juan VI

En esa terraza, cuando partían las escuadras portuguesas, a veces el propio rey venía a apreciar la partida de la armada, acompañado de la reina y de otros miembros de la familia real, con la corte, prelados, guerreros, magistrados, que llenaban las murallas y ventanas de la torre con personas espléndidamente vestidas. De esas terrazas pendían tapices, y el colorido era magnífico. Podemos imaginar la belleza de aquellos galeones avanzando con el estandarte de la Orden de Cristo. Una escuadra con cinco, ocho navíos, cánticos del lado de acá, cánticos del lado de allá. Cuando las naves pasaban delante del rey, reverencia, con salvas de artillería en el tiempo de las armas de fuego; y las naves desaparecían poco a poco en el Atlántico.

Por la Torre de Belén pasó la escuadra de Cabral que venía a introducir en el mundo esa realidad llamada Brasil.

Por allí pasó también —en condiciones tan diferentes, pero no exentas de dignidad, ni de gloria— la escuadra en la cual Don Juan VI venía huyendo de Junot. A última hora, cuando estaba todo listo para partir, se dio un episodio pintoresco. Se oyó desde el muelle: “¡Paren! ¡Paren!” Era un hombre que traía un escritorio precioso, olvidado en el Palacio Real.

Por cierto, la partida de Don Juan VI fue muy bien preparada. El monarca trajo todo el oro del tesoro de Portugal, los muebles de sus palacios, obras de arte, joyas, y hasta sardinas, que a él le gustaban mucho y sabía que no había en Brasil.

De manera que cuando comamos sardinas frescas, recordemos que ellas descienden de las sardinas traídas por Don Juan VI.

Quién no vio Sevilla, no vio maravilla

Consideremos otro monumento, ahora en España: la Catedral de Sevilla. Ella nos recuerda un antiguo proverbio portugués: “Quién no vio Sevilla, no vio maravilla”. Encontramos en ese edificio algo, pero muy poco, de lo que elogí en la Torre de Belén. Esas dos torres laterales están muy adornadas. Entre ellas, un espacio simple, con fondo claro y un enrejado muy bonito de ojivas y rosetones, que hacen el contraste de lo simple con lo muy embelesado.

Se ve una faja grande y muy adornada con imágenes de santos encimados por doseles. Por encima del fondo simple al que aludí, se encuentra el portal con un triángulo magnífico, que es una expresión de la ojiva, y abajo una puerta

ojival profunda. Encima hay algo parecido con aquella disminución de la Torre de Belén. y después, también una terraza como en lo alto de aquella torre. Esas garitas en el rincón recuerdan igualmente a la Torre de Belén. No creo que eso haya sido inspirado en ella, mas son afinidades de estilo, muy comprensibles entre España y Portugal.

A mi ver, lo bonito de esa puerta es que tiene cualquier cosa de monumental. Las torres tienen una altivez, se levantan del suelo con mucha decisión y gallardía. Tenemos la impresión de que ellas se aferran al suelo como si fuesen garras, y suben, al cielo con una seguridad, una entera despreocupación del peligro de caer, y que sustentan el peso que está encima con una facilidad completa. Más aún, tengo la impresión de que ellas miran desde lo alto de sí mismas para la tierra y para los pobres transeúntes, de arriba abajo, en una actitud de desafío, casi como quién dice: “Si osas, experimenta. Sólo por mi fisonomía, te ahuyento. Es así que yo siento la tierra.”

Modos inocentes de aprovechar la vida

Noten como esos arcos, que son contrafuertes de las torres, fueron transformados en verdaderos ornatos por los arquitectos muy artísticos del tiempo.

Hay cualquier cosa de puerta de fortaleza en ese magnífico portal. Es una característica muy sensible para mí, me agrada mucho esa fusión. Una fortaleza medio eclesiástica y una iglesia medio fortaleza realizan la sín-

tesis que a mí me gusta, o sea, los más altos valores del espíritu defendidos por la fuerza y puestos dentro de la lucha, con la entrega del hombre y el riesgo de la vida.

Es, por ejemplo, la guerra religiosa, la guerra de las almas y de los cuerpos, con una integridad que constituye su belleza.

Un minúsculo pormenor característico de la Península Ibérica es la palmerita, tan presente en el sur de Italia, de España, de Portugal, pero rara en el resto de Europa, frecuente en el litoral de África del Norte, tan común en Brasil.

Otra cosa también minúscula, pero que compone el ambiente y el panorama: esa fuente que probablemente servía para que los caballos bebieran agua.

Termino con un comentario respecto de los árboles. En Granada se ve mucho lo siguiente: en el interior de la Alhambra, aquellas partes muy bonitas, con sus fuentes cantando. Más aún, de la fuente vienen canales que entran en los cuartos, y que tienen pequeños barrancos, que hacen que el agua salte y corra dentro del propio cuarto. ¡Para un lugar caliente, qué maravilla! Esos son modos inocentes de aprovechar la vida, que sacan la manía y la obsesión de la impureza. Por causa de eso la Revolución combate cuanto puede para hacer que la vida virtuosa sea sin gracia. Contra eso, debemos levantarnos. ❖

(Extraído de conferencia de 15/1/1977)



El cántico de la fidelidad en la noche del crimen

Después de la sepultura de Nuestro Señor Jesucristo, tal vez en el propio edificio donde tuvo lugar la Última Cena, los ángeles pudieron contemplar a Nuestra Señora a solas en el silencio de aquella noche, la tierra entera pecando y Ella interrumpiendo sus oraciones para cantar su cántico de reparación, con melodías que solo los espíritus angélicos conocieron y que nosotros conoceremos cuando vayamos al Cielo.

Allí estaba la Santísima Virgen que compuso el Magníficat, tomando punto por punto, descendiendo al abismo de cada infidelidad y rematando su meditación con un cántico de fidelidad. ¡Cuán conmovedora debió ser esta escena! La Madre de Dios la vivió a solas ya que nadie era digno de presenciarla, sino solamente los ángeles.

Es una magnífica manera de meditar la pasión y asociarnos a ese cántico de la soledad de Nuestra Señora, enteramente sola, en la noche del crimen.

Fue el cántico de la mayor virtud de toda la Tierra, elevándose hasta el Cielo.

(Extraído de conferencia de 13/4/1968)